

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA  
COLECCION DE FOLKLORE

---

**CORDOBA**

**130**

VILLA AURORA

Maestro **ORFELINA NICOLET**

Escuela nº **62**

Fojas **8**

---

OBSERVACIONES

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---



Escuela Nacional N° 62  
Villa Aurora.

Prof. *Arf. H. Nicolet*



Había una vez un viejo y una vieja que tenían una chica. Vivían en el monte y se ocupaban de criar gallinas para vender en un pueblo que había por ahí cerca. Todas las gallinas que criaban eran negras y tenían una sola blanca. La vieja cuidaba y quería mucho la gallinita blanca. Esta gallinita era muy perseguida por los halcones pero como la vieja no se descuidaba no la habían podido llevar todavía.

Un día se van al pueblo la vieja y el viejo y dejan la chica en las casacas. No te encargas más, le dice la vieja, que la gallinita blanca.

A eso de las doce, más o menos, se descuidó la niña y cuando menos pensaba vio el halcón que alzaba en las patas la gallinita blanca. Salio corriendo, pero ya era tarde, el halcón ya iba alto y no hubo manera de hacerle soltar la presa.

La niñita le suplicaba que se la dejara, que le daría todas las que quisiera de las otras, pero el halcón sordo a las suplicas de la niña seguía volando y ella seguía corriendo por detrás y llorando. Cuando se dio cuenta se había internado en el monte y no sabía para que lado quedaba su casa. Más lloraba la niña y corría para un lado y para otro sin rumbo. Le hizo la noche y empezó a oír los rugidos de las fieras

del monte. Se subió a un árbol para estar más segura que no la comiera algún tigre y así pasó la noche llorando sin poder dormir ni un ratito de miedo. Al otro día tempranito, cuando sevaron los cuclidos de tigres, leones y demás fieras que allí había, se bajó del árbol y siguió caminando. Caminó toda la mañana, se sentó a descansar un rato. Luego siguió caminando y llegó nuevamente la noche que paró otra vez arriba de un árbol. A la mañana siguiente después de caminar como hasta las doce salió a una playa grande y del otro lado en la orilla del monte se veía una casita. Corriendo la playa llegó hasta la casita y vio que no había nadie, pero, al parar de ello, debía vivir alguien porque había fuego; entró al cuartito y vio dos camas unos baúles y una mesa; no había duda, alguien vivía allí y seguramente no tardaría en venir a la casa, estaría por allí cerca. En eso que andaba por allí vio que sabían de la otra orilla dos hombres con una yunta de bueyes. La niña no sabía que hacer, tenía miedo de estar allí cuando llegaran los hombres y ya no tenía por donde salir que no la vieran, no tenía más remedio que esconderse. Así lo hizo, dio vuelta una batea que allí había y se metió abajo. Llegaron los hombres y vio que eran dos mozos, entraron conversando prepararon algo que comer y se sentaron a la mesa. La niña no se animaba ni a respirar de miedo que la sintieran. Terminaron de comer y salieron y se fueron. Después que iban lejos ya sabía la niña y como parecía que estos mozos eran solos resolvió quedarse allí.

pero sin que los vieran ellos. Comió lo que los mozos dejaron y arregló bien el cuartito lo barrió y luego salió a conocer bien los alrededores de la casa. A la tardecita hizo la comida y cuando vio venir a los mozos se volvió a esconder. Llegaron ellos y se admiraron mucho cuando al entrar al cuarto vieron que estaba todo en orden y la comida hecha. ¿Quién habrá venido? decían los dos, esto es muy extraño porque no sabe venir nadie aquí; donde estará el que ha venido y buscaban por todos lados; abajo de las camas, entre los tableros y nada; por fin se fijaron en un rincón había una batea boca abajo. La levantaron y cuál no sería su sorpresa cuando vieron a una niñita que sollozaba y se tapaba la cara! La levantaron y empezaron a preguntarle que de donde era y cómo había llegado hasta allí. La chica les contó todo y ellos llenos de lástima le dijeron que se quedara con ellos que sería su hermanita, que ellos eran solos y ella sería la dueña de casa. Así lo hizo la niña y los mozos estaban muy contentos lo que tenían una compañerita. Arreglaban la pieza, hacían la comida y cosían la ropa a los mozos. Estaba muy contenta. Un día, mientras cosía adentro oyó que alguien llegó al patio salió y se encontró con una viejita que al verla le dijo: Oh! mi buena niña! que hace aquí tan solita, no tiene miedo? - No, le contestó la niña enseguida vendrán mis hermanos que trabajan aquí cerca y ya estaré acompañada. Después de conversar un rato le dijo adiós y se fue la viejita. Cuando vinieron los hermanos lo pri-

mero que hizo la niña fue contarles de la viejita que había venido, pero los mozos le dijeron que esa vieja era una bruja y que no le fuera a recibir nada de lo que le quisiera dar, ni tampoco creerle lo que decía.

Pasaron varios días, y una mañana apenas salieron los mozos a trabajar, llegó la bruja. Pero la niña se acordó de lo que los hermanos le habían dicho y no le hizo caso a lo que le decía. Por fin se fue. Otro día volvió y encontró a la niña haciendo la comida. Entonces le preguntó la bruja que por qué, teniendo cebollas tan lindas, no le echaba a la sopa. La niña, como no había visto cebollas en ninguna parte, le preguntó que donde estaban. La bruja le dijo que atrás de la casa estaban pero que ella no las había visto. Después de decirle esto, se fue. La niña se que con su curiosidad de las cebollas y apenas la vieja desapareció, tomó un cuchillo y se fue a ver. Efectivamente, allí había un cebollas hermoso; muy contenta, cortó un poco y fue y le echó a la sopa.

Cuando vinieron los hermanos, sacó la comida y se pusieron a comer. Apenas tomaron una cucharada de sopa cuando los dos mozos se convirtieron en dos bueyes. La niña de susto no sabía que hacer y lloraba de miedo al ver dos animales en lugar de sus hermanos. Pero uno de los bueyes le dijo que no se asustara y que se habían vuelto bueyes por las cebollas que ella había echado al caldo y que como le había creído a la bruja; que esas cebollas las había hecho nacer ella para encantarlos.

La niña se moría llorando pero ya no había remedio; los bueyes salieron al pastar y la niña quedó solita en las casar. En la tarde volvían los bueyes y se echaban frente a las puertas, como para defender a la niña. Así pasó mucho tiempo, la niña fue grande y muy linda pero la bruja no volvió más.

Un día que la niña estaba muy triste, oyo los ladidos de perros y voces de hombres, salió a ver y se encontró con un joven también hermoso que la saludó cortemente. Era un rey que vivía por allí cerca y que se le había ocurrido salir a cazar y andando por el monte vio el ranchito y llegó. La niña le contó lo que le había pasado con la bruja y el rey le prometió vengarla pero se tenía que casar con él he irse al palacio. La niña contestó que por nada del mundo dejaría los bueyes; entonces el rey le prometió llevarlos y cuidarlos muy bien. Después de mucho pensar recién resolvió irse la niña y llevó sus bueyes.

En el palacio la niña era muy feliz y los bueyes no tenían necesidad de salir a buscar la comida, pues todo les daban en los galpones que estaban. La niña iba todos los días a verlos.

Un día que salió el rey a ver los sembrados, se demoró mucho y como ya eran las doce y no venía, la señora se subió a un altillo y se sentó a esperarlos. Estaba aburrída de estar, cuando subió también una negra sirvienta que tenía el rey y al verla tan triste le dice: no quiere que la espulgue, amita? — Bueno negra, no tengo piojos

pero estoy tan aburrida que no sé que hacer.  
La negra empezó a espulgarla y en lo mejor que estaba  
le plantó un alfiler en la cabeza. ¡Ay! negra dice  
la señora, es un pijo mi amita que la estaba  
picando, y le enseña uno que en un instante  
se sacó ella. Por Dios! negra, de donde sacó yo es-  
tos bichos! Peguí, busca negra. Espulgó otro ra-  
to la negra y le plantó otro alfiler. Otro grito  
de la señora y la negra vuelve a enseñarle otro  
bicho más grande que el anterior. La señora  
muy admirada de esto le pide que siga espul-  
gándola. Luego le clava otro alfiler y sin tiempo  
para decir ni huy! se hizo una palomita y  
salio volando y se fue.

La negra que había hecho esto de rabia, porque  
creía que el rey si iba a casar con ella, bajo en-  
seguida, se vistió con la ropa de la señora, se  
puso mucho polvo, alzó el nene y esperó al rey.  
Cuando volvió el rey la encontró muy enojada y le  
dijo que a causa que había parado la siesta  
en el atilío se había quemado hasta ponerse ne-  
gra y que por la impaciencia parada no tenía  
leche para el nene que lloraba de hambre. Así  
pasaron varios días. Una mañana andaba el horte-  
lano regando las plantas, cuando oye una voz que  
le dice: hortelano que hace el rey? Miró el hortelano  
al árbol y vio una palomita. Se quedó mirán-  
dola y diciendo que esa no podía ser que habla-  
ra: la palomita repitió la pregunta: hortelano  
que hace el rey? - Ahí está, le contesta el horte-  
lano, jugando y chauscando con la negra su  
mujer. - ¿Los huesos que hacen? - Acarreando  
cal y piedra. ¿El niño que hace? - De a

ratos llora y de a ratos calla. Y daba un vuelo y se iba. Al día siguiente volvió y el hortelano oyó las mismas preguntas: Hortelano, que hace el rey? Ahí está jugando y charreando con la negra su mujer. Y los buyes que hacen? Llevando cal y piedras. Y el niño que hace? De a ratos llora y de a ratos calla. Voló la palomita y se fue; el hortelano se quedó mirándola y pensó que sería bueno contarle esto al rey.

Desde el día que la negra se hizo señora, mandó que hicieran trabajar a los buyes y los hacían acarrear cal y piedras.

Al día siguiente le cuenta el hortelano al rey lo que le pasaba con la palomita. El rey que ya suponía que era no era su mujer y llamándole la atención las preguntas que hacía al hortelano, le dijo que pusiera pega pega en el gajo que se asentaba la palomita a ver si la podían agarrar.

Así lo hizo el hortelano y al otro día cuando la palomita vino se asentó en el mismo gajo, hizo las preguntas acostumbradas, pero cuando quiso volar se quedó pegada. Corrió el hortelano y la cigarro le despegó las patitas y se la llevó al rey que estaba allí cerca escuchando lo que decía.

El rey muy contento con la palomita que era tan mansita la acariciaba y la paloma paraba la cabecita por las manos del rey. La negra entre tanto, estaba muy enojada porque a causa de la paloma el rey no se acordaba más de ella y el niño ya estaba por morir de hambre porque tampoco le hacía caso. La negra no hallaba como anotar la paloma, pero el rey no se desviaba ni un momento. Así pasaron varios días y al fin tuvo que salir el rey y dejar



la paloma. En cuanto salió el rey, corrió la negra a buscar la paloma pero el rey la había dejado bien tapada para que no la encontraran. Al fin tanto buscó y buscó hasta que la encontró pero cuando iba saliendo de la pieza vio que el rey llegaba y no tuvo más tiempo que meterla en un cántaro lleno de arroyo que había en la pieza con la intención de ahogarla. El rey pasó corriendo a buscar la paloma, ya que no la encontraba. La buscó por todas partes, y nada. Al fin cansado de andar de un lado para otro, se paró en el medio de la pieza a pensar que habría sido de la pobre palomita! En eso le pareció oír ruidos, como aletazos, escuchó y entonces oyó bien que eran aletazos y que eran entre el cántaro. Le arrió y la sacó. Pobrecita! Esta es la negra seguramente la que ha querido ahogarla! ya verás, negra picara. Todo esto decía lavando la palomita en un lavatorio lleno de agua. La lavó bien y se puso a secarla en frente de una ventana por la que entraba sol. Cuando la secó bien se puso a levantarle las plumitas de la cabeza y la palomita se quedaba quietita, en eso tantó un bordito; hay! pobrecita, aquí se ha incado una espina y diciéndo esto se la sacó. Un alfiler! dijo asombrado, cual habrá sido el herije! y siguió espulgándola. Otra! pobrecita! Le necerita no tener corazón para clavar así un pobre animal! Luego encontró el tercer alfiler y casi cae derribado cuando al sacarlo saltó la verdadera señora del. Se levantó y la abrazó llorando y fueron a buscar el niño, e inmediatamente mandaron a traer los buyes al galpón. Ella

misma fue y les hacia cariño.

La negra, no sabia que hacer, no podia salir del palacio porque estaban todas las puertas cerradas. Cuando la señora conto al rey como la habia muerto paloma la negra la mandaron a prender; hicieron traer los caballos más malos que hubiera en el campo y ataron de pies y manos a cuatro caballos que al salir disparando hicieron mil pedagos a la negra.

Los reyes y los buyes siguieron viviendo felices como antes y salgo por un caminito y vuelvo por otro para que del me cuento otro.

Orfelina Sticolet

Escuela Nacional N° 62  
Villa Aurora

Orfelina Nicolet



El gorro y la perdiz

Una vez iba un gorro, trote y trote por un camino. Por ahí encuentra una perdiz al lado de unas pajaras altas y la cazó. No me comais gorrito! no me comais, te voy a enseñar a chiflar. Bueno, le dice el gorro, así sí te dijo. La perdizita sacó una plumita del ala y se puso a coserle la boca al gorro. Chiflá gorrito le decía. El gorro tracia la prueba (proplaba) cori más. le decía. Coria otro poquito la perdiz. Volvía a probar el gorro, ya era más parecido. Ya estoy aprendiendo, que lindo! coseme más. Así lo hizo la perdizita, y el gorro aprendió a silvar. Cuando ya silvaba bien, la largó a la perdiz y siguió por el camino, trote y trote y silvando. La perdiz fue y se asentó en la otra punta del camino. Ya venía el gorro de silvar y al pasar por donde estaba la perdiz, ésta se lió volando y del ruido que hizo con las alas se asustó el gorro y se le partió la boca hasta las orejas. Desde entonces los gorros tienen la boca grande y persiguen las perdices.

Orfelina Nicolet



Escuela Nacional  
Villa Aurora.

Dofelina Nicolet

Amor mio si te vas  
solo una cosa te pido,  
que no bebas de aquel agua  
de la fuente del arido.

Un fraile comio champaina  
despues bebio agua fria  
y anduvo toda la noche  
barriga del alma mia!

De mi casa he venido  
caminda por un lago  
a solo pedirte  
que no me hables boleros.

Si tu casa fuera campo  
y yo fuera un mancarion  
me moriria de hambre  
por no darte un mordiscion.

De lejos tierras he venido  
arrastrando mi colchon  
por solo verte a ver  
carga en que puchon.

Dices que no me quieres  
ya me haz querido,  
ya remedio no tiene  
lo sucedido.

Me quisistes,  
me olvidastes,  
me volviste a querer  
gapatito que yo arrojé  
no me lo vuelvo a poner.

Al norte vi una tormenta  
al sur una polvareda  
te he de dejar de querer  
cuando floresca la higuera.

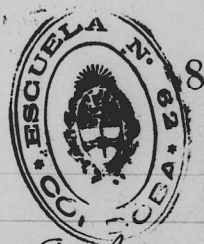
Las barandillas del puente  
se mueven cuando tu pasas  
a ti solita te quiero  
de las demás no hago caso.

Ya sé que tienes dueña  
y así con dueña te quiero  
por ver rabiar a tu dueña  
me gusta querer lo ajeno.

El anillo que me distes  
fue de vidrio y se quebró  
el amor que me quisistes  
fue poquito y se acabó.

Dafeline Nicolet

Escuela Nacional N° 62  
Villa Curupa



Orfelina Nicolet

### Un moribundo soberbio.

Al comenzar a cantar  
pido licencia señores,  
para cantar un compuesto  
de un moribundo y soberbio.

Moribundo en la cama estaba  
moribundo y sin aliento,  
y no quiere recibir  
a los Santos Sacramentos.

Cercado de ministros estaba,  
y como era tan soberbio  
a todos los rechazaba.

Conoces que soy tu Dios  
yo de los cielos he bajado,  
por ver si te confesabas.

Cantaba el moribundo y dice:  
conoces que Ud es mi Dios,  
bueno cuando estaba preso  
en las cárceles metido  
clamaba un Dios verdadero,  
cómo entonces no ha venido?

El Señor le dice:  
Entonces no vine yo  
no porque me olvidaras  
sino para que te apartaras  
de tus culpas y pecados

Contesta el moribundo y dice:  
Me ves en un precipicio,  
ahora estoy para morir  
para nada lo preciso.

Da vuelta el Señor y se va  
con la sangre del costado  
por la cara le tiró  
Siempre irás a padecer  
en los profundos infiernos

Contesta el moribundo y dice:  
no es recién que me has conocido.  
No sabe que yo en el mundo  
soberbio nomás he sido.

Orfelina Nicolet